

ABEL SÁNCHEZ

MIGUEL DE UNAMUNO




Cantaro

MIGUEL DE ÚNAMO

ABEL SÁNCHEZ


Cantaro

Gerente de ediciones: Daniel Arroyo
Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera
Schällibaum
Diseñador de la cubierta: Luis Juárez
Coordinadora de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso
Tratamiento de imágenes y documentación: Máximo Giménez,
Tania Meyer, Pamela Donnadio
Imagen de tapa: Gary Priester/Mary Carter
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados por la profesora Sylvia Mariana Nogueira

Unamuno, Miguel de
Abel Sánchez / Miguel de Unamuno; adaptado por Sylvia Nogueira. - 1a ed. 2a reimp. - Boulogne: Cántaro, 2014.
128p., 19 x 14 cm - (del Mirador)

ISBN 978-950-753-017-3

1. Narrativa Española. I Sylvia Nogueira, adap. II. Título
CDD E863

© Editorial Puerto de Palos S.A., 1996
Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan.
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires,
Argentina.
Internet: www.puertodepalos.com.ar
Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
ISBN 978-950-753-017-3

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.



*Puertas
de
acceso*

Los motivos literarios

La literatura universal progresa leyéndose a sí misma, es decir, nuevos textos se escriben imitando, discutiendo, negando o recreando otros. A tal punto es esto así que suele decirse que no hay historias nuevas para contar, sino variaciones de unas pocas narraciones originales. A los escritores les quedaría, desde este punto de vista, solo la posibilidad de reescribir relatos capaces de “casi inagotables repeticiones, versiones, per-versiones”.¹

La teoría literaria hace un planteo semejante con el concepto de *motivo*. Un *motivo* es una estructura que “con sus personas y datos anónimos señala exclusivamente un planteamiento de la acción con posibilidades de desarrollo muy diversas”.² Es decir, un *motivo* es un esquema narrativo abstracto, vacío, cuyas diferentes posibilidades se pueden realizar en distintas artes y géneros literarios con variados argumentos, que se distinguirán entre sí por los nombres y las historias de los personajes, los lugares y los tiempos fijos que se les atribuyan y las acciones particulares que realicen los protagonistas.

Para ejemplificar estos conceptos, repasemos un *motivo*: “Hombre entre dos mujeres”. El “esquema vacío” de este *motivo* presenta un hombre debatiéndose entre dos mujeres opuestas o bastante diferentes. Este motivo prevé que las mujeres rivalicen por ese hombre. Su enfrentamiento hace que el hombre tome una decisión o todo termine en catástrofe. En el desarrollo de este *motivo*, suelen ser importantes las reglas que impone la sociedad. Así, por ejemplo, en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós se enfrentan por el mismo hombre una esposa de clase acomodada y una amante pobre pero apasionada. El conflicto se resuelve con la muerte de esta última, que reconoce en sus últimos momentos de vida los derechos de

1 Palabras de J. L. Borges pertenecientes al cuento “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”. En : *El Aleph*. Buenos Aires, Emecé, 1957.

2 Frenzel, Elizabeth. *Diccionario de motivos de la literatura universal*. Madrid, Gredos, 1980. P. VII.

la esposa. También hay versiones muy recientes, como la novela (llevada al cine con gran éxito por Alfonso Arau) *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel. En esta historia, se revierte el final de *Fortunata y Jacinta*: un joven ama a una chica, pero la madre se la niega para el matrimonio por ser la hija menor, destinada por tradición familiar al cuidado de sus padres de por vida. Se casa él entonces con la hermana mayor de su amada con el propósito de estar cerca de la que quiere. Vive en medio de la tensión que se genera entre ellas hasta la muerte de la esposa, que posibilita la unión final de los amantes.

Se ha señalado frecuentemente que uno de los grandes cambios de nuestro siglo ha sido el avance de la mujer. Ella ha accedido al mundo del trabajo, de los altos estudios, de la política, espacios reservados por siglos a los hombres. Esto se proyecta en la ficción contemporánea, que reelabora el *motivo* que estamos discutiendo (“Mujer entre dos hombres”) presentando a la mujer como el sujeto que se debate entre dos objetos amados. Un ejemplo de esta versión puede ser extraído de la obra de James Joyce, escritor irlandés que revolucionó la prosa ficcional del siglo XX. En uno de sus cuentos, Joyce presenta a Greta, casada con Gabriel. Pero este debe competir con el recuerdo que su esposa tiene de un antiguo novio, quien murió por ella:

Gabriel se sintió humillado por (...) la evocación de esa figura de los muertos, un chico de las refinerías. Mientras él había estado absorbido en recuerdos de sus vidas privadas juntos, lleno de ternura, alegría y deseo, ella lo había estado comparando mentalmente con otro...³

El motivo de los hermanos enemistados

Los romanos, en sus textos históricos, transmitieron y conservaron una leyenda sobre su origen, la de Rómulo y Re-

3 Joyce, James. *Dubliners* (Dublineses). London, Panther, 1977. P. 197. (Fragmento especialmente traducido para esta edición).

mo. La fábula cuenta que existía en Italia una ciudad denominada Alba. Uno de sus reyes fue Proca, padre de dos hijos, Numitor y Amulio. Al morir, el rey designó como su sucesor a Numitor, el mayor. Amulio, deseoso del reino, expulsó a su hermano del trono, mató a sus sobrinos varones y convirtió en sacerdotisa a su sobrina Rea Silvia, para asegurarse de que no hubiera descendientes de su hermano que pudieran reclamar legítimamente el trono. Pero Rea Silvia fue fecundada por el dios Marte y engendró a dos gemelos, Rómulo y Remo. Estos, ya adultos, mataron al tío traidor y repusieron a su abuelo Numitor en el trono. Dejaron Alba juntos y se propusieron fundar una nueva ciudad. Tito Livio, uno de los más grandes historiadores romanos, continúa el relato así:

Puesto que se trataba de hermanos gemelos y no podía hacerse la elección ni siquiera atendiendo al discreto recurso de la edad, encomendaron a los dioses que decidieran por medio de augurios quién daría nombre a la nueva ciudad y quién la regiría después de fundada. Así, retiráronse para tomar los augurios, Rómulo al Palatino y Remo al Aventino. Se cuenta que Remo fue el primero en obtener un augurio: seis buitres. Acababa de anunciar este augurio cuando un número doble se presentó a Rómulo y cada uno fue proclamado rey por sus partidarios. Alegaban aquellos la prioridad para conseguir el reino; pero estos, el número de las aves. Originóse de aquí una violenta disputa, que, al excitar las cóleras, degeneró en combate sangriento. Fue allí, en medio del tumulto, donde cayó muerto Remo. Es tradición muy divulgada que Remo, para burlarse de su hermano, saltó las recientes murallas, y que fue entonces cuando Rómulo, enfurecido, lo mató, increpándolo con estas palabras: “Así perezca cualquiera que en el futuro franquee mis murallas”. De esta manera, Rómulo se adueñó él solo del poder, y la ciudad fundada llevó el nombre de su fundador.⁴

4 Livio, T. *Décadas de la historia romana*. Madrid, Aguilar, 1963.

Los romanos jamás relegaron al olvido esta leyenda. Lo que es más, interpretaban su historia, plagada de guerras civiles, a la luz de esa tradición:

...amargos destinos se ciernen sobre los romanos por la muerte impía de un hermano desde el día en que la sangre inocente de Remo corrió sobre la tierra para maldición de sus descendientes.⁵

La cultura occidental de tradición judeo-cristiana también cuenta una historia sobre hermanos enemigos. En la primera parte de la **Biblia**, el Génesis (4-1-16), se relata:

1. Adán, pues, conoció a Eva, su mujer; la cual concibió y parió a Caín, diciendo: He adquirido un hombre por merced de Dios.
2. Y parió después al hermano de este, Abel. Abel fue pastor de ovejas, y Caín, labrador.
3. Y aconteció al cabo de un tiempo que Caín presentó al Señor una ofrenda de los frutos de la tierra.
4. Ofreció asimismo Abel de los primerizos de su ganado, y de lo mejor de ellos; y el Señor miró con agrado a Abel y a sus ofrendas.
5. Pero de Caín y de las ofrendas suyas no hizo caso; por lo que Caín se irritó sobremanera, y decayó su semblante.
6. Y díjole el Señor: ¿Por qué motivo andas enojado? Y ¿por qué está demudado tu rostro?
7. ¿No es cierto que si obras bien erguirás la cabeza; pero si mal, el pecado estará siempre a tu puerta? Él te hace sentir su atractivo, pero tú puedes dominarlo.
8. Dijo después Caín a su hermano Abel: Salgamos fuera. Y estando los dos en el campo, Caín acometió a su hermano Abel, y lo mató.
9. Preguntóle el Señor a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y respondió: No lo sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?

5 Horacio. *Odas y sátiras completas*. Barcelona, Iberia, 1963. Épodo VII. P. 118.

10. Replicóle el Señor: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra.
11. Maldito, pues, serás tú desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto su boca y recibido de tu mano la sangre de tu hermano.
12. Después que la habrás labrado, no te dará sus frutos; errante y fugitivo vivirás sobre la tierra.
13. Y dijo Caín al Señor: Mi maldad es tan grande, que no puedo yo esperar perdón.
14. He aquí que hoy tú me arrojas de esta tierra, y yo iré a esconderme de tu presencia, y andaré errante y fugitivo por el mundo; por lo tanto, cualquiera que me hallare, me matará.
15. Díjole el Señor: no será así; antes bien, cualquiera que matare a Caín, recibirá un castigo siete veces mayor. Y puso el Señor en Caín una señal para que ninguno que lo encontrase lo matara.
16. Salió, pues, Caín de la presencia del Señor, y habitó en el país de Nod, al oriente de Edén”.⁶

El Caín de Lord Byron

Lord Byron (1834-1884) fue un escritor inglés que escandalizó a su país con sus personajes desilusionados, que desprecian la naturaleza humana, se marginan de la sociedad y se rebelan contra sus leyes. Uno de estos personajes es el protagonista de un drama que redactó Byron, aunque no con el propósito de que fuera representado: *Caín*.

Presentamos a continuación algunos fragmentos del *Caín* byroniano ⁷.

Adán, Eva, Caín, Abel, Ada y Zilla (hermanas y esposas de los dos hermanos) están ofreciendo un sacrificio a Dios.

6 *Sagrada Biblia*. Barcelona, Editorial Herder S. A., 1964.

7 Los fragmentos han sido traducidos especialmente para esta edición de: Byron, *The Poetical Works of Byron*, London, John Murray Editor, 1972.

Adán: ¡Hijo Caín! Mi primogénito, ¿por qué estás silencioso?

Caín: ¿Por qué debería hablar?

Adán: Para rezar.

Caín: ¿No han rezado ustedes?

Adán: Sí, muy fervientemente.

Caín: Y alto, los he escuchado.

Adán: Confío en que Dios también.

Abel: ¡Amén!

Adán: Pero tú, mi hijo mayor, ¿todavía estás callado?

Caín: ¡Es mejor que lo esté!

Adán: ¿Por qué?

Caín: No tengo nada que pedir.

Adán: ¿Ni para agradecer?

Caín: No.

Adán: ¿No *vives*?

Caín: ¿No debo morir?

Eva: ¡Ay! La fruta de nuestro árbol prohibido empieza a madurar.

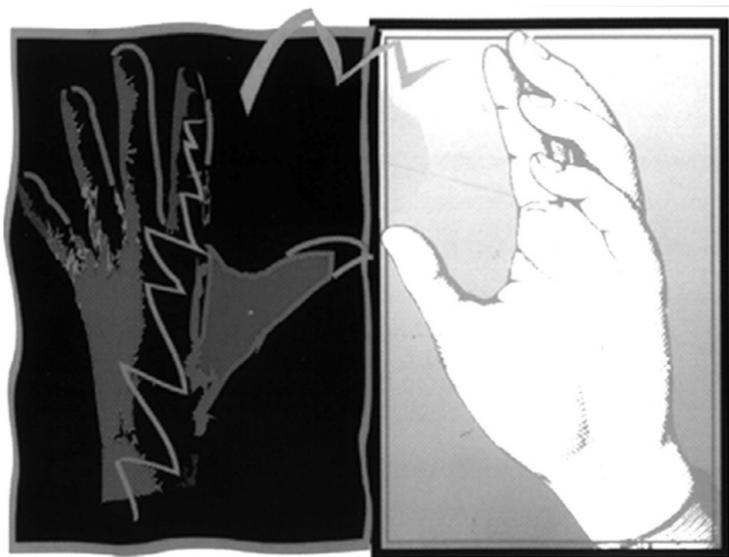
Adán: ¡Y la debemos recoger otra vez! Oh, Dios, ¿por qué plantaste el árbol del Conocimiento?

Caín: ¿Y por qué no tocaron el árbol de la Vida? Entonces lo podría haber desafiado.

Adán: ¡Oh, hijo mío! No blasfemes: estas son las palabras de la Serpiente.

Caín: ¿Por qué no? La Serpiente dijo la Verdad, ella era el árbol del Conocimiento, el árbol de la Vida: el Conocimiento es bueno, la Vida es buena; ¿cómo pueden ser ambos el Mal?

Abel Sánchez



ABEL SÁNCHEZ

UNA HISTORIA DE PASIÓN

Al morir Joaquín Monegro, encontré entre sus papeles una especie de *Memoria* de la sombría pasión que le hubo devorado en vida. Entremézclanse en este relato fragmentos tomados de esa confesión —así la rotuló—, y que vienen a ser al modo de comentario que se hacía Joaquín a sí mismo de su propia dolencia. Esos fragmentos van entrecomillados. La *Confesión* iba dirigida a su hija.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN¹

Al corregir las pruebas de esta segunda edición de mi *Abel Sánchez: Una historia de pasión* —acaso estaría mejor *Historia de una pasión*— y corregirlas aquí, en el destierro fronterizo,² a la vista pero fuera de mi dolorosa España, he sentido revivir en mí todas las congojas patrióticas de que quise librarme al escribir esta historia congojosa. Historia que no había querido volver a leer.

La primera edición de esta novela no tuvo en un principio, dentro de España, buen suceso. Perjudicó, sin duda, una lóbrega y tétrica portada alegórica que me empeñé en dibujar y colorear yo mismo; pero perjudicó acaso más la tétrica lobretez del relato mismo. El público no gusta que se le llegue con el escalpelo a hediondas simas del alma humana y que se haga saltar pus.

1 La primera edición de *Abel Sánchez* es de 1917.

2 A Miguel de Unamuno (1864-1936) le tocó vivir en una España dividida por la política. Unos, conservadores, preferían la monarquía y otros, la forma republicana de gobierno. Unamuno era partidario de estos últimos. Por ello, cuando los conservadores tuvieron el poder, lo destituyeron de sus cargos docentes en la Universidad de Salamanca en 1914. Diez años más tarde un gobierno militar lo desterró. Debido al escándalo que estas medidas provocaron fuera y dentro de España es indultado, pero el escritor optó por un exilio voluntario para seguir atacando la política conservadora.

Sin embargo, esta novela, traducida al italiano, al alemán y al holandés, obtuvo muy buen suceso en los países en que se piensa y siente en estas lenguas. Y empezó a tenerlo en los de nuestra lengua española. Sobre todo, después de que el joven crítico José A. Balseiro, en el tomo II de *El vigía*, le dedicó un agudo ensayo. De tal modo, que se ha hecho precisa esta segunda edición.

Un joven norteamericano que prepara una tesis de doctorado sobre mi obra literaria me escribía hace poco preguntándome si saqué esta historia del *Caín* de lord Byron, y tuve que contestarle que yo no he sacado mis ficciones novelescas —o nivelescas—³ de libros, sino de la vida social que siento y sufro —y gozo— en torno mío, y de mi propia vida. Todos los personajes que crea un autor, si los crea con vida; todas las criaturas de un poeta, aun las más contradictorias entre sí —y contradictorias en sí mismas—, son hijas naturales y legítimas de su autor —¡feliz si autor de sus siglos! —, son partes de él.

Al final de su vida atormentada, cuando se iba a morir, decía mi pobre Joaquín Monegro: “¿Por qué nací en tierra de odios? En tierra en que el precepto parece ser: ‘Odia a tu prójimo como a ti mismo’. Porque he vivido odiándome; porque aquí todos vivimos odiándonos. Pero... traed al niño”. Y al volver a oírle a mi Joaquín esas palabras por segunda vez, y al cabo de los años —¡y qué años! — que separan estas dos ediciones, he sentido todo el horror de la calentura de la lepra nacional española, y me he dicho: “Pero... traed al niño”. Porque aquí, en esta mi nativa tierra vasca —francesa o española, es igual—, a la que he vuelto de largo asiento después de treinta y cuatro años que salí de ella, estoy reviviendo mi niñez. No hace tres meses escribía aquí:

3 En *Niebla*, otra obra de Unamuno, el personaje que es escritor de novelas comenta que va a escribir una sin plan, con lo que se le vaya ocurriendo y agrega: “... así es como mi novela no va a ser novela sino... ¿cómo dije?, navilo, nebuloso, no, no, nivola, eso, ¡nivola! Así nadie tendrá derecho a decir que deroga las leyes de su género. Invento un género, e inventar un género no es más que darle un nombre nuevo...”. En: Unamuno, Miguel de. *Niebla*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980. P.92.

Si pudiera recogerme del camino,
y hacerme uno de entre tantos como he sido;
si pudiera al cabo darte, Señor mío,
el que en mí pusiste cuando yo era niño...

Pero ¡qué trágica mi experiencia de la vida española! Salvador de Madariaga, comparando ingleses, franceses y españoles, dice que, en el reparto de los vicios capitales de que todos padecemos, al inglés le tocó más hipocresía que a los otros dos, al francés más avaricia y al español más envidia. Y esta terrible envidia, *phthonos* de los griegos, pueblo democrático y más bien demagógico como el español, ha sido el fermento de la vida social española. Lo supo acaso mejor que nadie Quevedo; lo supo fray Luis de León. Acaso la soberbia de Felipe II no fue más que envidia. “La envidia nació en Cataluña”, me decía una vez Cambó en la plaza Mayor de Salamanca. ¿Por qué no en España? Toda esa apestosa enemiga de los neutros, de los hombres de sus casas, contra los políticos, ¿qué es sino envidia? ¿De dónde nació la vieja inquisición, hoy rediviva?

Y al fin la envidia que yo traté de mostrar en el alma de mi Joaquín Monegro es una envidia trágica, una envidia que se defiende, una envidia que podría llamarse angélica: pero ¿y esa otra envidia hipócrita, solapada, abyecta, que está devorando a lo más indefenso del alma de nuestro pueblo? ¿Esa envidia colectiva? ¿La envidia del auditorio que va al teatro a aplaudir las burlas a lo que es más exquisito o más profundo?

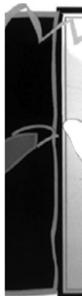
En estos años que separan las dos ediciones de esta mi historia de una pasión trágica —la más trágica acaso— he sentido enconarse la lepra nacional, y en estos cerca de cinco años que he tenido que vivir fuera de mi España he sentido cómo la vieja envidia tradicional —y tradicionalista— española, la castiza, la que agrió las gracias de Quevedo y las de Larra, ha llegado a constituir una especie de partidillo político, aunque, como todo lo vergonzante e hipócrita, desmedrado; he visto a la envidia constituir juntas defensivas, la he visto revolverse contra toda natural superioridad. Y ahora, al releer por primera vez mi *Abel Sánchez* para corregir las pruebas de esta su segunda —y espero que no

última— edición, he sentido la grandeza de la pasión de mi Joaquín Monegro y cuán superior es, moralmente, a todos los Abeles. No es Caín lo malo; lo malo son los cainitas. Y los abelitas

Mas como no quiero hurgar en viejas tristezas, en tristezas de viejo régimen —no más tristes que las del llamado nuevo—, termino este prólogo escrito en el destierro, en la parte francesa de la tierra de mi niñez, pero a la vista de mi España, diciendo con mi pobre Joaquín Monegro: “¡Pero.. . traed al niño!”

MIGUEL DE UNAMUNO

En Hendaya, el 14 de julio de 1928.



I

No recordaban Abel Sánchez y Joaquín Monegro desde cuándo se conocían. Eran conocidos desde antes de la niñez, desde su primera infancia, pues sus dos sendas nodrizas se juntaban y los juntaban cuando aún ellos no sabían hablar. Aprendió cada uno de ellos a conocerse conociendo al otro. Y así vivieron y se hicieron juntos amigos desde nacimiento, casi más bien hermanos de crianza.

En sus paseos, en sus juegos, en sus otras amistades comunes parecía dominar e iniciarlo todo Joaquín, el más voluntarioso; pero era Abel quien, pareciendo ceder, hacía la suya siempre. Y es que le importaba más no obedecer que mandar. Casi nunca reñían. “¡Por mí, como tú quieras! ...”, le decía Abel a Joaquín, y este se exasperaba a las veces porque con aquel “¡como tú quieras! ...” esquivaba las disputas.

—¡Nunca me dices que no! ...—exclamaba Joaquín.

—¿Y para qué? —respondía el otro.

—Bueno, este no quiere que vayamos al Pinar —dijo una vez aquel, cuando varios compañeros se disponían a dar un paseo.

—¿Yo? ¡Pues no he de quererlo! ...—exclamó Abel—. Sí, hombre, sí; como tú quieras. ¡Vamos allá!

—¡No; como yo quiera, no! ¡Ya te he dicho otras veces que no! ¡Como yo quiera, no! ¡Tú no quieres ir!

—Que sí, hombre...

—Pues entonces no lo quiero yo...

—Ni yo tampoco...

—Eso no vale —gritó ya Joaquín—. ¡O con él o conmigo!

Y todos se fueron con Abel, dejándole a Joaquín solo.

Al comentar este en su *Confesión* tal suceso de la infancia, escribía: “Ya desde entonces era él simpático, no sabía por qué, y antipático yo, sin que se me alcanzara mejor la causa de ello, y me dejaban solo. Desde niño me aislaron mis amigos”.

Durante los estudios del bachillerato, que siguieron juntos,

Joaquín era el empollón,⁴ el que iba a la caza de los premios, el primero en las aulas, y el primero Abel fuera de ellas, en el patio del Instituto, en la calle, en el campo, en los novillos, entre los compañeros. Abel era el que hacía reír con sus gracias, y, sobre todo, obtenía triunfos de aplauso por las caricaturas que de los catedráticos hacía. “Joaquín es mucho más aplicado, pero Abel es más listo... si se pusiera a estudiar...” Y este juicio común de los compañeros, sabido por Joaquín, no hacía sino envenenarle el corazón. Llegó a sentir la tentación de descuidar el estudio y tratar de vencer al otro en el otro campo; pero diciéndose: “¡Bah!, qué saben ellos...”, siguió fiel a su propio natural. Además, por más que procuraba aventajar al otro en ingenio y donosura no lo conseguía. Sus chistes no eran reídos, y pasaba por ser fundamentalmente serio. “Tú eres fúnebre —solía decirle Federico Cuadrado—; tus chistes son chistes de duelo.”

Concluyeron ambos el bachillerato. Abel se dedicó a ser artista, siguiendo el estudio de la pintura, y Joaquín se matriculó en la Facultad de Medicina. Veíanse con frecuencia y hablaba cada uno al otro de los progresos que en sus respectivos estudios hacían, empeñándose Joaquín en probarle a Abel que la Medicina era también un arte, y hasta un arte bello, en que cabía inspiración poética. Otras veces, en cambio, daba en menospreciar las bellas artes, enervadoras del espíritu, exaltando la ciencia, que es la que eleva, fortifica y ensancha el espíritu con la verdad.

—Pero es que la Medicina tampoco es ciencia —le decía Abel—. No es sino un arte, una práctica derivada de ciencias.

—Es que yo no he de dedicarme al oficio de curar enfermos —replícaba Joaquín.

—Oficio muy honrado y muy útil... —añadía el otro.

—Sí, pero no para mí. Será todo lo honrado y todo lo útil que quieras, pero detesto esa honradez y esa utilidad. Para otros el hacer dinero tomando el pulso, mirando la lengua y recetando cualquier cosa. Yo aspiro a más.

—¿A más?

—Sí; yo aspiro a abrir nuevos caminos. Pienso dedicarme a la

4 Empollón: el que es en sus estudios más aplicado que talentoso.

investigación científica. La gloria médica es de los que descubrieron el secreto de alguna enfermedad y no de los que aplicaron el descubrimiento con mayor o menor fortuna.

—Me gusta verte así, tan idealista.

—Pues qué, ¿crees que solo vosotros, los artistas, los pintores, soñáis con la gloria?

—Hombre, nadie te ha dicho que yo sueñe con tal cosa...

—¿Que no? ¿Pues por qué, si no, te has dedicado a pintar?

—Porque si se acierta, es oficio que promete...

—¿Que promete?

—Vamos, sí, que da dinero.

—A otro perro con ese hueso, Abel... Te conozco desde que nacimos casi. A mí no me la das. Te conozco.

—¿Y he pretendido nunca engañarte?

—No, pero tú engañas sin pretenderlo. Con ese aire de no importarte nada, de tomar la vida en juego, de dársete un comino de todo, eres un terrible ambicioso...

—¿Ambicioso yo?

—Sí, ambicioso de gloria, de fama, de renombre... Lo fuiste siempre, de nacimiento. Solo que solapadamente.

—Pero ven acá, Joaquín, y dime: ¿te disputé nunca tus premios? ¿No fuiste tú siempre el primero en clase? ¿El chico que promete?

—Sí, pero el gallito, el niño mimado de los compañeros, tú...

—¿Y qué iba yo a hacerle?...

—¿Me querrás hacer creer que no buscabas esa especie de popularidad?

—Haberla buscado tú...

—¿Yo? ¿Yo? ¡Desprecio a la masa!

—Bueno, bueno; déjame de esas tonterías y cúrate de ellas. Mejor será que me hables otra vez de tu novia.

—¿Novia?

—Bueno, de esa tu primita que quieres que lo sea.

Porque Joaquín estaba queriendo forzar el corazón de su prima Helena, y había puesto en su empeño amoroso todo el ahínco de su ánimo reconcentrado y suspicaz. Y sus desahogos, los inevi-

tables y saludables desahogos de enamorado en lucha, eran con su amigo Abel.

¡Y lo que Helena le hacía sufrir!

—Cada vez la entiendo menos —solía decirle a Abel—. Esa muchacha es para mí una esfinge...

—Ya sabes lo que decía Oscar Wilde, o quien fuese: que toda mujer es una esfinge sin secreto.⁵

—Pues Helena parece tenerlo. Debe de querer a otro, aunque este no lo sepa. Estoy seguro de que quiere a otro.

—¿Y por qué?

—De otro modo no me explico su actitud conmigo...

—Es decir, que porque no quiere quererte a ti..., quererte para novio, que como primo sí te querrá...

—¡No te burles!

—Bueno, pues porque no quiere quererte para novio, o, más claro, para marido, ¿tiene que estar enamorada de otro? ¡Bonita lógica!

—¡Yo me entiendo!

—Sí, y también yo te entiendo.

—¿Tú?

—¿No pretendes ser quien mejor me conoce? ¿Qué mucho, pues, que yo pretenda conocerte? Nos conocimos a un tiempo.

—Te digo que esa mujer me trae loco y me hará perder la paciencia. Está jugando conmigo. Si me hubiera dicho desde un principio que no, bien estaba, pero tenerme así, diciendo que lo verá, que lo pensará... ¡Esas cosas no se piensan..., coqueta!

—Es que te está estudiando.

—¿Estudiándome a mí? ¿Ella? ¿Qué tengo yo que estudiar? ¿Qué puede ella estudiar?

—¡Joaquín, Joaquín; te estás rebajando y la estás rebajando!... ¿O crees que no más verte y oírte y saber que la quieres y ya debía rendírsete?

5 Las Esfinges eran monstruos de las mitologías griega y egipcia. La más famosa es la de Tebas, por haber sido derrotada por el ilustre Edipo: la esfinge, ubicada a la entrada de la ciudad, proponía adivinanzas a los viajeros, a los que devoraba si no descubrían las respuestas a los enigmas; tenía cuerpo de león alado y cara de mujer.

Í N D I C E

Literatura complementaria para una nueva escuela	5
Puertas de acceso	7
Los motivos literarios	8
El motivo de los hermanos enemistados	9
El <i>Caín</i> del Lord Byron	12
La posibilidad de ser otro	16
La inmortalidad	17
La inmortalidad de la carne	20
La lucha española	21
La obra	25
Abel Sánchez. <i>Una historia de pasión</i>	26
Prólogo a la segunda edición	26
Capítulo I	30
Capítulo II	34
Capítulo III	38
Capítulo IV	41
Capítulo V	43
Capítulo VI	45
Capítulo VII	48
Capítulo VIII	50
Capítulo IX	53
Capítulo X	56
Capítulo XI	57
Capítulo XII	60
Capítulo XIII	63
Capítulo XIV	66
Capítulo XV	69
Capítulo XVI	71
Capítulo XVII	73
Capítulo XVIII	76
Capítulo XIX	78
Capítulo XX	80
Capítulo XXI	81
Capítulo XXII	83
Capítulo XXIII	86
Capítulo XXIV	89
Capítulo XXV	91

Capítulo XXVI	93
Capítulo XXVII	95
Capítulo XXVIII	100
Capítulo XXIX	101
Capítulo XXX	104
Capítulo XXXI	106
Capítulo XXXII	110
Capítulo XXXIII	112
Capítulo XXXIV	114
Capítulo XXXV	115
Capítulo XXXVI	117
Capítulo XXXVII	119
Capítulo XXXVIII	122
Manos a la obra	125
I. A modo de revisión	126
II. La intertextualidad: el motivo literario	128
III. La evolución de la comparación	132
IV. La metáfora y la literatura curativa	136
V. La posibilidad de ser otro	138
VI. La literatura como espejo	139
VII. El “Prólogo a la segunda edición”	140
VIII. Los hermanos en el cine	141
IX. Producción de textos escritos	142
Cuarto de herramientas	143
Foto de Miguel de Unamuno	144
<i>Cristo Crucificado</i> de Diego Velázquez	145
<i>Caín</i> de Cormon	146
<i>Abel moribundo</i> de Giovanni Dupré	146
<i>Caín</i> de Giovanni Dupré	147
<i>La envidia</i> de Giotto	147
Unamuno, <i>Cancionero, diario poético</i> (fragmento)	148
Unamuno, <i>Invidiados y envidiosos</i> (fragmento)	149
Unamuno, <i>Nuestra egolatría de los del 98</i> (fragmento)	150
Caín en la España actual. La música pop	151
Caín en la España actual. La literatura	152
Caín en la Argentina. La literatura	153
Caín en la Argentina. La historia	154
Bibliografía	155

